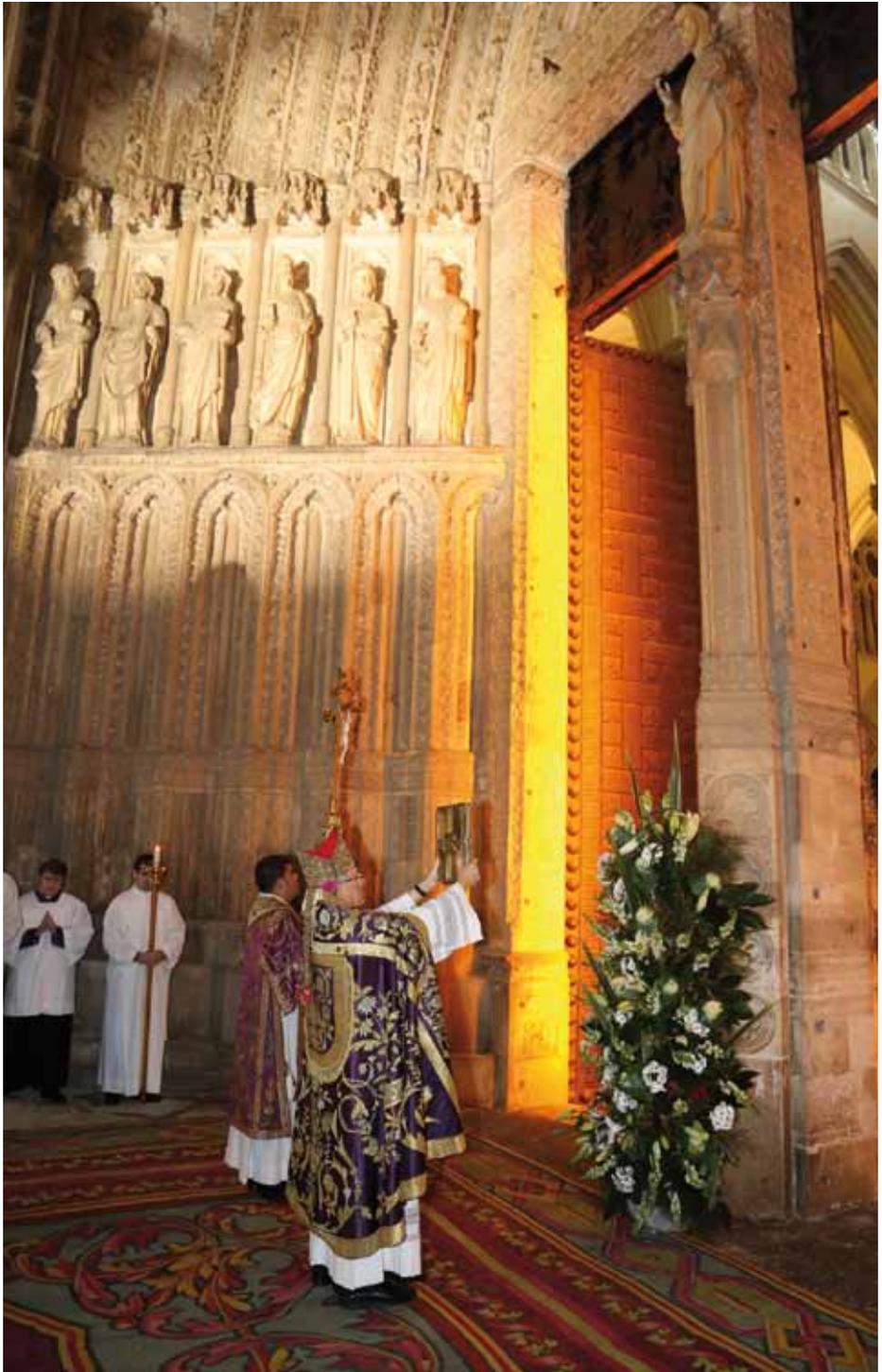


CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2016-2017

Conocer las Escrituras es verdadero alimento y verdadera bebida



BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España



PORTADA:

«Hágase en mí según tu Palabra». Pintura al fresco en el claustro alto del convento de las Religiosas Concepcionistas, de la Orden de la Inmaculada Concepción, en Toledo.

FOTOGRAFIA INTERIOR:

El Sr. Arzobispo muestra el libro de los Evangelios en la apertura de la Puerta Santa de la Catedral Primada en el Año de la Misericordia, el día 13 de diciembre de 2015.

© 2016, Arzobispado de Toledo.

Edita: Delegación Diocesana de Medios de Comunicación.

CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2016-2017

CONOCER LAS ESCRITURAS ES VERDADERO ALIMENTO Y VERDADERA BEBIDA

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será las palabras que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo.

(Is 55,10-11)

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos.

(Heb 1,1-2)

ÍNDICE

Introducción.....	9
I. Nuestra actitud ante la Palabra de Dios.....	13
II. El misterio de Dios que nos habla.....	17
III. Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio.....	31
IV. La Palabra de Dios y nuestro Plan Pastoral Diocesano.....	36
Epílogo.....	46
Notas.....	49
Nota bibliográfica.....	49

INTRODUCCIÓN

1. He aquí un texto del Antiguo Testamento sorprendente por sugerente:

«Entonces el sumo sacerdote Jilquías, dijo al secretario Safán: ‘He encontrado en el templo del Señor un libro de la Ley’. Jilquías entregó el libro a Safán, que lo leyó. El secretario Safán, presentándose al rey, le informó: ‘Tus servidores han fundido el dinero depositado en el templo’ (...). El secretario Safán añadió también: ‘El sumo sacerdote Jilquías me ha entregado un libro’. Y Safán lo leyó ante el rey.

Cuando el rey oyó las palabras del libro de la Ley, rasgó sus vestiduras. Y dirigiéndose al sacerdote Jilquías, a Ajicán, hijo de Safán, a Acbor, hijo de Miqueas, al secretario Safán y a Asías, ministro del rey, les ordenó: ‘Id a consultar al Señor por mí y por el pueblo y por todo Judá a propósito de las palabras de este Libro que ha sido encontrado’» (...).

«Y añadidle al rey de Judá que os mandó consultar al Señor: ‘Así dice el Señor, Dios de Israel: Ya que al escuchar mis palabras (...), tu corazón se ha conmovido y te has humillado ante el Señor y has rasgado tus vestiduras y llorado ante mí, yo lo he escuchado todo –oráculo del Señor–’». (2Re 22,8.10-13.18-19).

2. El rey de Judá del que habla el texto es Josías (640-609 a. C.); en el decimoctavo año de su reinado, con ocasión de unas obras efectuadas en el Templo de Jerusalén, fue hallado un «libro de la Ley». Este libro parece ser una antigua reglamentación del derecho divino que da la impresión de estar en vigor, aun cuando sus reglas no fuesen en la práctica respetadas. Josías decide hacer la reforma de la Alianza, haciendo una proclamación solemne del Libro encontrado.

ARZOBISPO DE TOLEDO

Dice un renombrado historiador de Israel: «*Con toda probabilidad, este Libro de la Ley debió ser idéntico a la primera redacción de la Ley deuteronomica contenida en el Antiguo Testamento, que probablemente fue redactada en el transcurso del siglo VII a. C., a base de viejos resúmenes de leyes antiguas*»¹.

3. Traigo este episodio concreto de la historia del pueblo judío no por erudición; tampoco para ilustrar una enseñanza. La historia de la Iglesia y la de la Diócesis de Toledo no están en la misma situación descrita por el texto bíblico: no hemos encontrado un nuevo libro de la Alianza. El texto me ha llamado la atención, sin embargo, por otra razón, que enseguida explicaré.
4. Esta Carta Pastoral quiere servir de ayuda para poner en práctica la programación pastoral para el curso 2016-2017 del Plan Pastoral Diocesano en su quinto año. Mi deseo más profundo es que todos nosotros, como el rey Josías, sintamos una sacudida en nuestro interior y «*rasguemos nuestras vestiduras*», esto es, que algo fuera de lo normal nos está sucediendo en este momento preciso de nuestra historia como Iglesia: No conocemos bien lo que Dios nos ha revelado, su Palabra; con frecuencia no creemos que ahí se encuentre la vida, lo importante, el tesoro y la razón de nuestra existencia.
¿Qué reacción se espera de nosotros? Sencillamente que tengamos *hambre de oír la Palabra de Dios*, que nos dispongamos a mirarla con nuevos ojos, para reconocer lo que nuestro Señor ha querido manifestarnos en orden a nuestra felicidad, a nuestra salvación; lo que Él ha hablado al corazón de su Pueblo, primero a Israel, más tarde, en la plenitud del tiempo, a su Iglesia por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo. En la vida de este Pueblo se ha plasmado la Tradición en lo que llamamos la Sagrada Escritura, la Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento.
5. Hace más de cincuenta años que las últimas generaciones de católicos han podido escuchar estas hermosas palabras: «*La Iglesia*

*siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la Sagrada Liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la Palabra del mismo Dios; y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo. Por tanto, toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura. En los Libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos». (Concilio Vaticano II, constitución *Dei Verbum*, 21).*

6. Éste es un texto muy denso; entenderlo bien supone para nosotros recibir una gran riqueza para nuestra vida personal, para nuestras comunidades; en definitiva, para toda nuestra Iglesia de Toledo. Nos invita, entre otras cosas, a leer la Biblia. Reparad en que en la última parte de la cita conciliar *los verbos están en presente*: «*nos transmite*», «*hace resonar*», «*sale amorosamente (el Padre) al encuentro de sus hijos para conversar con ellos*». La consecuencia es clara: los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura, porque Dios sigue hablándonos.

Pero la realidad no coincide del todo con ese deseo del Concilio. Sí, escuchamos hoy mucho más la Palabra de Dios, hemos comprado la Biblia, en muchos formatos, hemos entregado en la última JMJ Cracovia 2016 la *Biblia Joven*; incluso muchas parroquias ofrecen a sus fieles el Evangelio de cada día. Pero, ¿leemos la Escritura Santa? ¡Ah, la lectura! Y no se trata de cualquier lectura: son palabras que van a nuestro corazón; la Biblia no es un *bestseller* que está de moda. Es otra cosa. Por otro lado, aunque ha crecido el número de los que leen la Escritura, nuestra cultura no es bíblica y el número de los que no leen y, por ello, no conocen la Biblia, es muy grande entre nosotros. Hace algunos años

ARZOBISPO DE TOLEDO

que los medios ofrecían un dato, que a mí me dolió: los cristianos españoles somos en Europa los que menos leemos la Sagrada Escritura. ¿Estaremos los católicos a la cabeza de ese porcentaje de cristianos? Muy probablemente. El porcentaje de lectores era sólo un 20% de toda la población española.

7. Pero, ¿quién tiene la culpa de esta situación? No sé si hay que buscar culpable; si es así, yo soy el primero, pues, llevando como vuestro obispo siete años, no debería haber descansado hasta cambiar el panorama. Pero hay que ser perspicaces y no entrar en debates estériles y acusaciones que quitan fuerza para lo bueno. Además, hay que reconocer que adentrarse en la Biblia para escuchar la Palabra de Dios no consiste únicamente en comprar un libro y leer sin más. Hemos pasado ya esas épocas en las que, casi como adolescentes ingenuos, hemos pensado que todo se resuelve con una lectura-examen personal de los libros bíblicos. Voy a describir, a continuación, este problema.

Me vienen a la memoria algo que recordaba san Cesáreo de Arlés: «Que Cristo os ayude a acoger siempre la lectura de la palabra de Dios con un corazón ávido y sediento. Así vuestra fiel obediencia os llenará de gozo espiritual. Mas, si queréis saborear la dulzura de las santas Escrituras y aprovecharos como es debido de los preceptos divinos, debéis sustraeros durante algunas horas a vuestras preocupaciones materiales. Volved a leer las palabras de Dios en vuestras casas, dedicaos enteramente a su misericordia. Así lograréis que se realice en vosotros eso que está escrito del hombre religioso: *Meditad día y noche la ley del Señor*, y también: *Bienaventurados los que escrutan sus mandatos, los que le buscan con corazón sincero* (...) Los buenos comerciantes no buscan sacar beneficios de una sola mercancía, sino de muchas. Los agricultores buscan un mayor rendimiento sembrando diversas clases de semillas (...), no os contentéis escuchando solo en la iglesia los textos sagrados. Leed esos textos en vuestras casas. Y así podréis acumular un fermento espiritual en los graneros de vuestro corazón, y dejar

bien colocado el tesoro de vuestras almas, las perlas preciosas de las Escrituras» (*Sermón al pueblo*, n. 7, 1.).

Preciosas indicaciones. ¿Se animan a esta lectura en profundidad de la Biblia? Pero antes es preciso examinarnos de algo.

I. NUESTRA ACTITUD ANTE LA PALABRA DE DIOS

8. Ante la Palabra de Dios, o ante un ejemplar de la Biblia, no todo son aperturas; se dan también entre nosotros resistencias, y muy fuertes. Recordad en la predicación de Jesús la parábola de sembrador: la semilla, que es la Palabra de Dios, cae en terreno pedregoso, o en tierra poco profunda, o entre cardos y abrojos (cf. Mt 13,1-9). También cayó en tierra buena y dio fruto. En el campo donde se siembra la Palabra hay condicionamientos; en nuestra sociedad prevalece una racionalidad cientifista y domina la técnica que, a la vez que ha creado mejores condiciones de vida, ahoga con frecuencia las preguntas importantes para el ser humano. En el pluralismo ideológico actual se induce también a un escepticismo hacia la verdad. Nosotros somos muy utilitaristas y confiamos excesivamente en el poder económico, político y mediático, que arrincona la preocupación ética.

El hombre y la mujer saben, sin embargo, quiénes son en la medida en que se comprenden a partir de Dios. Pero «para ello deben saber quién es Dios, y esto solo lo sabe si acepta lo que Dios reveló acerca de sí. Si se enfrenta a Dios, si lo concibe de forma errónea, pierde todo conocimiento acerca de su propio ser. Esta es la ley fundamental de todo conocimiento del hombre» (R. Guardini, *Quien sabe de Dios conoce al hombre*», en *El fin de la modernidad*, Madrid 1995, 160-161).

9. ¿Cómo influyen estos condicionamientos en un alejamiento práctico de la Palabra de Dios, en un rechazo casi instintivo a abrir un libro como la Biblia y ver qué luz nos viene de ella para nuestros problemas diarios? ¿Podemos sin más aceptar una interpretación

ARZOBISPO DE TOLEDO

fundamentalista de la Escritura Santa? No descubro nada si afirmo que la Biblia es uno de los grandes relatos que menosprecia la cultura postmoderna o simplemente actual. En un mundo de una fe casi fenecida, el texto bíblico es considerado por muchos un residuo anacrónico, ideología que se resiste a morir, palabra extraña, también para muchos creyentes.

10. ¿Cómo escuchar atenta y pacientemente la Palabra de Dios en un tiempo en que se buscan experiencias «religiosas» de efecto inmediato, que satisfagan rápidamente una necesidad urgente? En este horizonte espiritual, la Biblia aparece, cuanto menos, como una palabra *desproporcionada*, esto es, desmesurada y «descompasada». Incluso, en muchos círculos más secularizados, esa Palabra de Dios se entiende como «entrometida» en la cultura que considera al ser humano como único protagonista de su propia historia y de su autosalvación.

¿Es la Escritura Palabra trascendente que revele el rostro de Dios y su tabla de salvación? Esa pretensión de la Iglesia es considerada como contraria a la autonomía humana. «*Esa pretendida Palabra de Dios sería más bien un puro producto cultural gestado a lo largo de los siglos en el seno de una cultura determinada. El ser humano ha proyectado sobre ella sus ilusiones y sus frustraciones y ha buscado en ella imaginarios consuelos compensatorios*»².

11. Las resistencias a entrar en una lectura atenta y de hondura religiosa de la Biblia nacen también del propio texto. En él se dan páginas «*difíciles por poco edificantes, áridas o demasiado ingenuas para nuestra mentalidad*»³. Junto a pasajes bíblicos de gran altura moral, aparecen muertes o pillajes aparentemente aprobados por la Biblia. ¿Cómo entender sentimientos de crueldad o de venganza impropios de una moral verdaderamente humanitaria, o pasajes en prosa o en salmos que rezuman un total pesimismo? Es necesario, pues, ayudar al pueblo creyente a leer bien la Biblia. No vale cualquier lectura de la Biblia.

12. Y es que todos los que aceptamos la Biblia como Palabra de Dios, sin embargo, con frecuencia nos acercamos a ella con determinadas expectativas preferentes. Es algo legítimo e inevitable, siempre que no se convierta la preferencia en unilateral, porque entonces, en vez de servir a la Palabra de Dios y reconocer su soberanía, nos servimos de ella utilizándola según nuestros intereses o concepciones. Una cosa es aceptar la inspiración divina de la Biblia y otra, muy diferente, es pensar que Dios hizo un dictado literal al autor sagrado. Se puede aceptar que en la Sagrada Escritura se utiliza la historia de una manera muy peculiar, pues lo que se narra no es histórico a la manera moderna, y no tener una concepción ingenuamente literal de su historicidad.

Se puede igualmente aceptar que la Biblia es Palabra de Dios y no tener reparo en reconocer que en el texto de la Escritura aparecen géneros literarios o formas de narrar como en cualquier libro de la Antigüedad, que permiten una interpretación adecuada a su doble condición de palabra inspirada y leída en la Iglesia. Quien quiera leer la Sagrada Escritura –y en especial los Evangelios– con el mayor provecho posible ha de prestar atención al contexto y tratar de reconstruir el marco ambiental en el que los diferentes libros fueron escritos, no leyendo los diversos pasajes según lo que la rutina y la costumbre nos tienen acostumbrados a ver, sino lo que el texto dice por sí mismo. Para eso nada es más útil que leer la Sagrada Escritura de la mano de un buen comentario, acomodado al interés y las posibilidades de cada uno. Los casi dos mil años que han transcurrido desde que se compusieron los escritos, por ejemplo, del Nuevo Testamento, han hecho que muchas expresiones y situaciones que a un judío del siglo I les resultaban familiares, nos parezcan a nosotros extrañas y oscuras; y si es verdad que el Evangelio tiene riquezas insondables que es capaz de descubrir el alma más sencilla, con tal de que se deje calar por él, no es menos cierto que conocer lo mejor posible el ambiente en que nacieron y la intención con que fueron escritos *permite penetrar* más fácilmente en sus enseñanzas y evitar las interpretaciones más disparatadas.

ARZOBISPO DE TOLEDO

En este sentido, se le pueden aplicar a la Biblia los métodos histórico-críticos y saber a la vez que hay siempre un más allá en la Escritura: su unidad fundamental, su orientación hacia Cristo, la analogía de la fe, la lectura eclesial y espiritual. Volveremos sobre este tema sin duda importante en nuestro acercamiento a la Sagrada Escritura.

13. Se piensa también en ocasiones en la Biblia como una guía para alcanzar el equilibrio y la integridad emotiva, echando mano de categorías psicológicas que suplantán a las teológicas. O hay quien hace una lectura ideológica de la Escritura, bien sea *conservadora* o *progresista/revolucionaria*; o una lectura *moralista*, en la que todo sirve para determinar nuestro comportamiento, sin tener en cuenta la acción del Espíritu Santo, tan distinta de la lectura verdaderamente espiritual. No deberíamos nunca pasar por alto lo que nos dice san Pablo: «*Pues, todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, a fin de que, a través de nuestra paciencia y del consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza*» (Rom 15,4).
14. Algunas de las situaciones que acabo de describir son reales, pero afectan a pocos creyentes. Tal vez lo que más entristece es que *la gran mayoría desconoce la Biblia*. La muchedumbre de católicos practicantes conoce de la Biblia lo que recuerda de la Misa del domingo. La ignorancia es considerable. Vivimos lejos de la Palabra de Dios. Y hay que salir de esa ignorancia. Es urgente favorecer el encuentro de los cristianos con ella. Es preciso que la Palabra de Dios circule en la Iglesia. Quiera el Señor que, en las acciones que ofrece la Programación Pastoral de nuestra Diócesis en este curso, las posibilidades abiertas sean muchas y los grupos cristianos que descubran la Revelación, el diálogo eterno de Dios con su Pueblo, sean mucho más numerosos. Una Palabra de Dios escuchada, explicada, compartida y convertida en fuente de oración, tiene un frescor y un sabor que no poseen otros alimentos del espíritu.

Dios me conceda trabajar en este campo con entusiasmo, de manera que la Palabra de Dios, que nos ha llegado por la Tradición y la Escritura Santa rejuvenezca la esperanza, dé alegría para vivir la vida nueva de Cristo y motive el compromiso cristiano. No me gustaría que llegáramos a repetir aquellas irónicas palabras de Paul Claudel: «*El respeto de los católicos por la Sagrada Escritura es inmenso, pero se manifiesta sobre todo en la distancia que adoptan ante ella*»⁴.

II. EL MISTERIO DE DIOS QUE NOS HABLA

15. Parto de un convencimiento: hay que favorecer suficientemente el encuentro con la Palabra de Dios. Lo cual significa, en mi opinión, que la Escritura Santa tiene que circular más en la Iglesia. Desconocimiento supone mediocridad. «Por eso, decía san Agustín, es obligación nuestra <de los pastores de la Iglesia> amonestar, y es deber vuestro escuchar la voz del verdadero Pastor en las santa Escrituras, aun en el caso de que nosotros guardáramos silencio» (*Sobre los pastores, Sermón 46,20-21*).

Seríamos injustos, no obstante, si no reconociéramos la existencia de muchos grupos que se reúnen periódicamente alrededor de la Biblia para leer y orar la Palabra de Dios y con la Palabra de Dios. Eso es muy loable y os aseguro que trae alegría y vigor, porque esa Palabra escuchada, compartida y convertida en oración lleva consigo un frescor y un sabor que no poseen otros alimentos del espíritu. Estoy persuadido de que, como la celebración de fe bien hecha y toda actuación que se proponga crecer en la inteligencia de esta misma fe, también la Palabra de Dios escuchada y explicada despierta nuestra fe, rejuvenece la esperanza, aleja la rutina y proporciona deseo de hacer algo por Cristo. Pero, ¿qué tiene la Biblia para que posea tanta importancia?

16. Lo primero de todo es que las palabras de Dios están perfumadas de Espíritu Santo o, como decía san Francisco de Asís, son como el

ARZOBISPO DE TOLEDO

pan aún caliente y aromático (*Fuentes Franciscanas*, 80). Por ello, él quería servir a todas las fragantes palabras de su Señor. Es decir, Dios ha inspirado la Sagrada Escritura, según aquella famosa afirmación de san Pablo: «*Toda Escritura está inspirada por Dios*» (2Tm 3,16). ¿Qué quiere decir esta frase? ¿Cómo entenderla? Otro texto nos lo explica bien: «*pues nunca se presentó una profecía por voluntad de un hombre, sino que, dejándose llevar por el Espíritu Santo, unos hombres y mujeres hablaron de parte de Dios*» (2P 1,21).

Es lo que decimos en el Credo: que el Espíritu Santo «*habló por los profetas*». De manera que, con, san Agustín, yo también exclame convencido: «Para ti, Israel, el Señor construyó montes, es decir, suscitó profetas que escribieran las divinas Escrituras. Apacentaos en ellas y tendréis un pasto que nunca engaña. Todo cuanto en ellas encontréis gustadlo y saboreadlo bien; o que en ella no se encuentre repudiadlo (...). Retiraos a los montes de las santas Escrituras, allí encontraréis las delicias de vuestro corazón (...). Desde los montes que os hemos mostrado fluyen, abundantes, los ríos de la predicación evangélica, de los cuales se dice: *A toda la tierra alcanza su pregón*; a través de estos ríos de la predicación evangélica el mundo entero se ha convertido en alegre y rico pastizal, donde se pueden apacentarse los rebaños del Señor» (Ibíd., 24-25).

Uno de los libros que más utiliza el Pueblo cristiano, junto a los Evangelios, son los Salmos. Estos 150 poemas poseen, en efecto, una especial dulzura. Merece la pena escuchar lo que dice a este propósito el gran san Ambrosio: «La historia instruye, la ley enseña, la represión corrige, la enseñanza moral aconseja; pero el libro de los Salmos es como un compendio de todo ello y una medicina espiritual para todos. El que lo lee halla en él un remedio específico para curar las heridas de sus propias pasiones. El que sepa leer en él encontrará allí, como en un gimnasio público de las almas y como en un estadio de las virtudes, toda la variedad posible de competencias, de manera que podrá elegir la que crea más adecuada para sí, con miras a alcanzar el premio final. Aquel que desee recordar

e imitar las hazañas de los antepasados hallará compendiada en un solo salmo toda la historia de los padres antiguos, y así, leyéndolo, podrá ir la recorriendo de forma resumida (...) Y ¿qué decir de su contenido profético? (...) En los Salmos hallamos profetizado no solo el nacimiento de Jesús, sino también su pasión salvadora, su reposo en el sepulcro, su resurrección, su ascensión al cielo y su glorificación a la derecha del Padre. El salmista anuncia lo que nadie se hubiera atrevido a decir, aquello mismo que luego, en el Evangelio, proclamó el Señor en persona» (*De los Comentarios sobre los Salmos 1, 4. 7-8*).

17. ¿Hemos de pensar, pues, que este hablar de Dios es un hablar al dictado a los distintos autores de los libros de la Biblia? No. La inspiración es algo a la vez más sencillo y más misterioso en este hablar de Dios. De forma análoga, aunque no idéntica, a cómo el Espíritu Santo actúa en la Virgen María en la encarnación del Hijo de Dios sin acción de varón alguno, actúa en el escritor sagrado para que éste acoja la Palabra de Dios y la «encarne» en un lenguaje perfectamente humano. Imaginemos un estanque de agua tranquila y tersa: cualquier golpeo que llegue a su superficie es acusado rápidamente. Dios «toca» con su dedo divino esa superficie de agua que es el ser humano abierto al Espíritu, y ese toque se difunde como una vibración sonora por todas las facultades humanas (voluntad, inteligencia, imaginación, palabras, corazón, sensibilidad) y se traduce en conceptos, imágenes, palabras que ese hombre o mujer escribirán más tarde.

Es decir, se produce el misterioso paso de la moción/acción divina a la realidad creada que tiene todo lo que Dios hace hacia fuera de Sí mismo: en la creación, en la encarnación de su Hijo, en su revelación a nosotros, en la actuación bondadosa hacia nosotros que llamamos «gracia». El resultado de la inspiración, en el caso de la Biblia, es una realidad plenamente divina y plenamente humana en la que lo humano y lo divino están íntimamente unidos, pero no confundidos. La Iglesia nos dice que Dios es el autor principal de

ARZOBISPO DE TOLEDO

la Biblia, porque asume la responsabilidad de lo que está escrito, determinando el contenido mediante la acción de su Espíritu. Sin embargo, el escritor humano es también autor en sentido pleno de la palabra escrita, porque ha colaborado a través de una actividad humana natural de la que Dios se ha servido a modo de instrumento.

18. Dios es como el músico que hace que las cuerdas de un violín, tocándolas, suenen; el sonido es totalmente obra del músico, pero el sonido no existiría sin las cuerdas del instrumento. El ejemplo vale, a condición de que tengamos en cuenta que, en el caso de la Palabra de Dios que se hace Escritura, el misterio consiste en que Dios no mueve unas cuerdas inertes, sino unas cuerdas *libres* que son la voluntad y la inteligencia del ser humano, capaces de mover a su gusto y según sus capacidades dichas cuerdas manteniendo intacta su libertad y actuando a través de ellas. Eso sencillamente quiere decir que los autores de los libros bíblicos, además de ser escritores, son profetas, evangelistas, catequistas, misioneros, testigos en definitiva de la acción de Dios en ellos.

19. Pero que las Escrituras estén inspiradas por Dios significa también que *exhalan a Dios*, ¡porque huelen a Dios! ¿Cómo se explica esto? San Agustín nos pone un ejemplo estupendo. Hablando de la creación, dice el santo de Hipona que Dios no hizo las cosas y después se marchó, sino que ellas, «*provenientes de Él, en Él permanecen*» (*Confesiones*, IV, 12, 18). Lo mismo ocurre con las palabras de Dios: vienen de Dios, en Él permanecen y Él en ellas. Significa esto que el Espíritu Santo, tras haber inspirado la Sagrada Escritura, se ha quedado en ella, la habita y la anima sin cesar con su soplo divino. El Concilio Vaticano II lo expresa de este modo: «*La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la Palabra del mismo Dios; y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo*» (*Dei Verbum*, 21).

20. ¿A qué puede compararse, pues, la palabra de la Escritura? Se parece al pedernal, respondía san Gregorio Magno, muerto en 604 d. C. Esa piedra es fría, pero golpeada con el hierro, desprende chispas y enciende el fuego. Tampoco las palabras de la Escritura dejan de ser letras muertas si únicamente buscamos su sentido literal, pero si buscamos la inspiración que Dios ha puesto en ellas, se prende un fuego que va más allá de lo que leemos mecánicamente (cf. *De las homilías sobre el profeta Ezequiel, Libro II, 10, 1*: PL 76, 1058). El simbolismo de la luz, común a todos los pueblos y civilizaciones, estaba destinado a adquirir una nueva significación en el mundo judío, que iniciada con la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, llegaría, más tarde, a su cima culminante con el misterio de la Encarnación de Cristo. Jesús se proclama a sí mismo como la Luz del mundo y envía a los Doce apóstoles a irradiar: «La lámpara colocada sobre el candelero, de la que habla la Escritura, es nuestro Señor Jesucristo –exclama san Máximo Confesor–, luz verdadera del Padre, que viniendo a este mundo ilumina a todo hombre» (*Cuestiones a Talasio: Cuestión 63*).

Podrían ponerse muchos ejemplos de cómo una sola palabra de un pasaje bíblico puede desencadenar en el que la lee toda una historia de amor de Dios, que aparece como luz para el ser humano, como en el caso de aquel marido alcohólico que, incapaz de salir de su situación, fue invitado con su esposa a unos encuentros donde se leía la Biblia. Una palabra le golpeó profundamente y le ayudó a salir del abismo. Preguntado sobre la palabra que tanto le había ayudado, abrió la Biblia y la voz se le rompió por la emoción cuando llegó al texto del Cantar de los Cantares que dice: «*Mejores que el vino son tus amores*» (Cant 1,2).

Para cualquier experto bíblico habría sido muy fácil demostrarle a este hombre que el versículo por él citado nada tenía que ver con su situación de alcohólico, pues el autor sagrado estaba ponderando en ese pasaje la bondad y la belleza del amor humano entre mujer y hombre. Ciertamente, pero el protagonista de este relato repetiría: «*Yo estaba muerto y ahora estoy vivo. ¡Esa palabra me*

ARZOBISPO DE TOLEDO

ha devuelto la vida!». También el ciego de nacimiento respondía a los que le interrogaban y no aceptaban lo que Jesús había hecho con él: «*Cómo ha sido, yo no lo sé; sólo sé que antes estaba ciego y ahora veo*» (Jn 9,25).

21. Ahora bien, ¿cómo acercarnos a la Biblia de modo que *libere* para nosotros el Espíritu que contiene? He aquí un problema más delicado: ¿cómo «explicar» las Escrituras, cómo penetrar entre sus pliegues, de manera que difundan esa fragancia de Dios que, por fe, sabemos que encierran? Pongámonos de acuerdo: los escritos que se contienen en la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento) pueden calificarse de realidad a la vez humana y divina. También Jesucristo es divino y humano y lo es la Iglesia. Estoy escribiendo para católicos y entenderéis que la ley de la encarnación consiste en que no se puede descubrir en Cristo que es Hijo de Dios, esto es, divino, si no es a través de su concreta humanidad. Cabe decir lo mismo para la Escritura y para la Iglesia. Voy a explicarlo un poco más.
22. A lo largo de la historia del cristianismo, algunos se acercaron a Jesucristo despreciando el cuerpo y los distintivos humanos de Jesús, teniéndolos por simples «apariencias», pues ¿cómo va a ser posible que Dios se haga carne? ¿Qué consiguieron con ello? Perdieron también la realidad profunda de Jesús y, en lugar de un Dios vivo hecho hombre, se encontraron con su simple y propia idea de quién es Dios. Pues, del mismo modo, en la Escritura Santa no se puede descubrir al Espíritu Santo que la inspiró si no es pasando a través de la letra, es decir, a través del concreto revestimiento humano que la Palabra de Dios ha asumido hasta plasmarse en los diversos libros y autores inspirados. Quiero decir que no podemos descubrir en los escritos bíblicos el significado divino, lo que Dios quiere decirnos, si no partimos del significado humano en el que se han expresado los autores sagrados: Isaías, Jeremías, san Lucas, san Pablo, etc.
- Así se explica el inmenso esfuerzo de estudio e investigación que, a lo largo de la historia, ha rodeado a la Sagrada Escritura. Hoy

también, miles de estudiosos creyentes pasan la vida intentando iluminar los problemas del texto bíblico, sin que por ello tengan que dejar a un lado su fe en Dios y en Jesucristo. Son problemas que se refieren al texto y al contexto histórico y cultural de éste o aquel libro, a las fuentes internas o externas de la Biblia, al género literario o al sentido más exacto de cada pasaje. En el fondo se trata de cómo interpretar la Biblia adecuadamente teniendo en cuenta la unidad de la Escritura y la analogía de la propia fe.

23. Por esta razón, el pueblo cristiano debe agradecimiento a tantos hombres y mujeres que con suma paciencia se han dedicado al estudio de la Escritura; abriendo nuestras Biblias, ojeando los comentarios a cada libro, casi sin darnos cuenta, estamos recogiendo a manos llenas el fruto de su trabajo y nos enriquecemos con él, en las notas, introducciones, interpretaciones, etc. Es una acción de gracias por lo que en la Iglesia se ha luchado contra ese *no tener en cuenta* lo humano en Jesús y la Escritura.

24. Tal vez nos surja ahora esta pregunta: ¿Cuál es la comprensión adecuada de la Biblia? Dicho de otra forma: ¿es posible una interpretación bíblica al margen de la fe? El carácter literario de los escritos bíblicos, *lo humano*, que obedece a la lógica de la Encarnación, hace necesario aclarar sus aspectos históricos y filológicos, lo cual requiere un estudio comparado con otras obras de la antigüedad; pero, ¿es esto suficiente? ¿Hay que detenerse ahí porque, de lo contrario, no seríamos imparciales o científicos? No seré yo quien niegue que el estudio de la Escritura según el método histórico-crítico haya permitido una mejor comprensión de su génesis literaria. Tales métodos son imprescindibles, sin duda, pero no se les puede pedir más de lo que dan: estudiar un texto antiguo sin fundamentalismos o literalismos inaceptables. Esa es la valía de los métodos histórico-críticos, pero ésa es también su limitación. De manera muy precisa señaló Benedicto XVI en su obra *Jesús de Nazaret* los pormenores de esta cuestión.

25. Pero seríamos pobres en la fe si únicamente consideráramos la Biblia como un libro excelente, pero un libro solamente humano, sin tener en cuenta que encierra la Palabra de Dios. Y para aceptar esta dimensión de la Biblia no debo aparcar mi fe, como si ella no fuera «razonable».

Este riesgo de reducir la Escritura a una sola dimensión es un peligro real, también hoy. Y caeríamos, de este modo, en la peor pobreza: la de no tener en cuenta a Dios y la capacidad que nos ha dado para conocerle. Decía Søren Kierkegaard, cristiano luterano, hace ya más de un siglo, unas palabras plenamente vigentes: *«¿Cómo se lee la Palabra de Dios en la cristiandad? Si la dividiéramos en dos partes, habría que decir que la mayoría nunca lee la Palabra de Dios mientras que una minoría la lee de un modo más o menos erudito, es decir, que no lee la Palabra de Dios sino que mira el espejo («mirar el espejo» significa detenerse en los problemas de la crítica, en la letra de la Escritura). O para decirlo de otro modo, la inmensa mayoría considera la Biblia como un libro anticuado y lo deja aparte; una minoría lo considera un escrito antiguo de excepcional importancia a cuyo estudio se aplica con sorprendente celo y agudeza».*

Según este escritor danés, muchos estudiosos explicaban la Biblia, en efecto, de manera intencionada, solamente mediante el llamado método histórico-crítico; en ocasiones pasa algo parecido hoy día, también entre los exegetas católicos. No desecho esos métodos, pero rechazo que únicamente sea ése el modo adecuado para acercarse a la Escritura Santa, pues nos quedaríamos sin conocer y encontrarnos con la Palabra de Dios. Estaríamos de esta manera en la más aguda de las secularizaciones. La pretensión de comprender la Escritura estudiándola únicamente y de modo exclusivo mediante el análisis histórico-filológico es como pretender descubrir la Eucaristía basándose en el análisis químico de la Hostia consagrada. Ese análisis histórico-crítico no es más que el primer peldaño, el que tiene que ver con la letra, del conocimiento del texto de la Biblia.

26. Hay otra manera de acercarse a la Biblia y comprenderla. No es opuesta a la utilización de los métodos histórico-críticos, sin duda, pero los supera. Es la *lectura espiritual* del texto sagrado. Hablaré un poco más adelante de esta lectura y comprensión de la Escritura. Nos invitan a ella palabras y alusiones que el mismo Jesús indica, como cuando Él dice que «*Abraham, vuestro padre, vio mi día y se estremeció: lo vio y se alegró*» (Jn 8,56); o cuando afirma que «*si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí, pues él escribió acerca de mí*» (Jn 5,46); en la controversia con los que no aceptaban los signos de Jesús, el evangelista Juan recuerda textos de Isaías y concluye: «*Esto lo dijo Isaías porque vio su gloria y habló de Él*» (Jn 12,41).
27. Ya es curioso que en la pretendida exégesis científica que llevan a cabo muchos estudiosos bíblicos se evite hablar hoy de Jesús de esta manera; parece que tienen miedo de decir, por ejemplo, que el Antiguo Testamento barrunta el Nuevo, o afirmar que Jesús hizo milagros, tal vez para que no les descalifiquen «científicamente». Son como esos cristianos que tienen miedo de que se sepa que tienen fe en Cristo y procuran que en su vida pública esto no se conozca. Pero la Biblia no puede convertirse en un simple «objeto» que el profesor «domina», y ante el cual, como cualquier hombre de ciencia, él es «neutral». A mi modo de ver, decir que un estudioso creyente «domina» la Palabra de Dios es casi decir una blasfemia, porque esa Palabra de Dios se encierra en la Tradición y en la Sagrada Escritura y el ser humano no puede dominar a Dios.
28. Por otro lado, ¿qué le sucede a quien entiende la Biblia de este modo dominador? Pues que, curiosamente, la Escritura diríamos que se cierra a quien se acerca a ella queriendo dominarla o estudiándola solamente con los métodos histórico-críticos. La Biblia se convierte, de este modo, en el libro «sellado» del que habla el Apocalipsis (Ap 5,1-4). También san Pablo habla de una lectura del Antiguo Testamento como si éste fuera un libro que se leyera con un velo tupido, que sólo es eliminado en Cristo, cuando se da «la

ARZOBISPO DE TOLEDO

conversión al Señor», es decir, cuando se reconoce a Cristo en esas páginas de la Escritura (cf. 2Co 3,14-16).

29. ¿No necesitaremos nosotros hoy volver a esa lectura espiritual de la Biblia? A mi entender, en la Iglesia se vive y ella misma vive de esta lectura espiritual de la Biblia, y cuando se obstruye ese canal que alimenta la piedad del Pueblo de Dios, la fe, el celo, la vida de los creyentes se debilita y hasta se seca. Y creo yo que ya no se entiende la Liturgia, o se vive como un elemento separado de la vida personal, de la fe que integra todo, ni se siente necesidad de una formación permanente ni descubrimos la caridad social y política que toda vida cristiana debe contener. En el fondo, la letra mata a aquellos cristianos que no quieren seguir el espíritu de la divina Escritura, sino que desean únicamente saber palabras y explicárselas a los demás.

30. Cuando se está mucho tiempo sin usar un miembro articulado del cuerpo, como el brazo o la pierna, se necesita, para volver a emplearlo bien, hacer ejercicios y reeducar la articulación. Pienso que así se puede describir la situación de los cristianos respecto a la Biblia y sus libros: el pueblo cristiano ha estado durante mucho tiempo sin utilizar esta «articulación vital» que es la Biblia y ahora tiene necesidad de reeducarse en ella para encontrar la fuente de agua fresca que es la Palabra de Dios.

Para algunos esa reeducación consistirá, simplemente, en tomar una Biblia y comenzar a leerla, porque tal vez nunca se han acercado a ella en su totalidad. Sin duda encontrarán pasajes extraños y libros o partes que no entiendan, con la sensación de encontrarse en un mundo desconocido, al que tienen que habituarse. Necesitarán ayuda. Otros tal vez han utilizado la Biblia para su oración y formación, han participado en cursos bíblicos o forman parte de los distintos grupos bíblicos de nuestras parroquias. Me consta, por ejemplo, que los grupos que están siguiendo en nuestra Diócesis el Itinerario de Formación Cristiana para Adultos tienen como centro

de referencia la Palabra de Dios. ¡Estupendo! Unos y otros son un signo de esperanza, pues han ido a la fuente primera de sabiduría y de espiritualidad de la Iglesia.

31. ¿Qué quiero decir cuando animo a los católicos de Toledo a la lectura espiritual de la Escritura? ¿No estaré incitando a evadirnos de la realidad y refugiarnos en un intimismo individualista? No temáis: lectura espiritual de la Biblia no significa «lectura edificante», mística, subjetiva, que no tiene en cuenta la realidad ni la historia; tampoco es una lectura fantasiosa, literal o fundamentalista, en oposición a la lectura científica, objetiva y neutral. Lectura espiritual tiene que ver con el Espíritu de Dios, no con el espíritu del hombre, basada en el llamado «libre examen», que aparece justamente cuando uno ha renunciado a la lectura espiritual y se abandona a su sola comprensión subjetiva.

La lectura espiritual se realiza bajo la guía o la luz del Espíritu Santo, que es quien ha inspirado la Escritura. Pero, ¿cómo es posible que algo que fue escrito hace muchos siglos valga para orientar hoy mi vida, para sentir cerca a Jesucristo y gozar con su presencia? En realidad es un asunto sencillo: la lectura espiritual se basa en un hecho histórico, es decir, en el acto redentor de Cristo que, con su muerte y resurrección, cumple el proyecto salvador del Padre, y lleva hoy a cabo todas las figuras y profecías, revela todos los misterios escondidos y ofrece la verdadera clave de la lectura de toda la Biblia. Así la Palabra de Dios es viva y eficaz. A lo largo de varios años, Cristo predicó repitiendo su enseñanza a los suyos, a los discípulos y a las multitudes, en público y en privado, pero *muy pocos* de los que le seguían supieron hacerse cargo del contenido de su mensaje. Se precisa el Espíritu Santo. Nuestras formas literarias importan menos; basta, sin embargo, un soplo del Espíritu y vemos a los Apóstoles irreconocibles y a mundo renacer. Esto nos indica que la fuerza de la Palabra no está en el volumen de voz del que predica, ni en el vocabulario que emplee, aunque sea bello: está en el Espíritu Santo. Decía el obispo Balduino de Cantorbery: «Cuando

ARZOBISPO DE TOLEDO

esta palabra es proclamada, la voz del predicador resuena exteriormente, pero su fuerza es percibida interiormente y hace revivir a los mismos muertos, y su sonido engendra para la fe nuevos hijos de Abraham. Es, pues, viva esta palabra en el corazón del Padre, viva en los labios del predicador, viva en el corazón del que cree y ama. Y, si de tal manera es viva, es también, sin duda, eficaz» (*Tratado 6: PL 204, 451-453*). ¡Qué lejos está esta comprensión de la Biblia de la que se tiene en el Islam del Corán, dicho con todos los respetos!

32. De igual modo, quien, después de Cristo, quisiera seguir leyendo la Biblia prescindiendo del acto redentor de Jesús (su muerte y resurrección), del que participamos por la iniciación cristiana, se parecería a un músico que continuara leyendo una partitura musical en clave de fa después que el compositor haya introducido en la pieza la clave de sol: cada una de las notas daría un sonido falso y desafinado. Llegada, pues, la plenitud de los tiempos con Cristo y su salvación, el Nuevo Testamento llama a la nueva clave «*el Espíritu*», mientras define la vieja clave como «*la letra*», como vemos cuando san Pablo afirma: «*La letra mata, pero el Espíritu da la vida*» (2Co 3,6). Con anterioridad al Bautismo, se exigía en la Antigüedad y se exige hoy al adulto la conversión. Entonces, el sacramento supone una luz nueva, aplica la redención de Cristo al que es bautizado y le introduce en el nuevo Pueblo de Dios. «Este baño —dice san Justino— se llama iluminación, porque son iluminadas las mentes de los que aprenden estas cosas» (*Primera Apología, cap. 61: PG 6, 419-422*).
33. No quiero afirmar con esto, desde luego, que oponer *letra* y *Espíritu* signifique oponer el Antiguo Testamento al Nuevo, como si el primero representara sólo la letra y el segundo únicamente el Espíritu. No. Significa oponer dos modos diferentes de leer tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento: una manera de leer prescinde de Cristo y otra, por el contrario, juzga toda la Escritura a la luz de Cristo. Para la Iglesia tanto uno como el otro Testamento hablan de Cristo. El Antiguo Testamento, podríamos decir, es un

libro abierto al cumplimiento de la promesa que Dios hace: Dios salva a su Pueblo, y esta salvación llegará no en otro libro, sino en una persona: Jesucristo.

34. La lectura espiritual de la Biblia otorga, pues, al Antiguo Testamento una fuerza e inspiración nueva y desconocida antes, puesto que lo narrado o expresado en el texto de la antigua alianza no sólo posee un significado o interpretación concreta y literal. Contiene además un contenido simbólico que va más allá de sí mismo: lo que se cumple en Cristo. Tomaré un ejemplo de Isaías: en el cuarto cántico del Siervo de Dios, se describen sus sufrimientos y el sentido de su entrega (Is 52,13-53,12). El poema es grandioso en sí mismo, pues describe una vida, un personaje anónimo o figurado: su nacimiento, sufrimiento y pasión, condena y muerte, sepultura y glorificación. Pero os pido que lo leáis con el trasfondo de la narración de la pasión de Cristo: nos narra de un modo tan vivo lo que pasó con la vida y muerte de Jesús, que entendemos bien que la tradición cristiana haya dado nombre a esa figura anónima: Cristo. Lo cual no impide que la imagen de Cristo haya sido prefigurada por un israelita anónimo en los años trágicos del destierro de Israel a Babilonia, o por todo el pueblo de Israel perseguido por su amor al Dios único.
35. Una forma de lectura espiritual de la Biblia es la *lectio divina*, así llamada con el nombre latino pues se practica en la Iglesia desde la época de los Padres (siglos II-VIII) y se desarrolla durante la Edad Media. Esta práctica no es para elites; se puede hacer en casa o en el templo a la vez que ese cristiano se apunta, por ejemplo, a un curso bíblico en la parroquia o en otro ámbito eclesial. Y es que la Palabra de Dios es para todos. La *lectio divina* ('lectura divina') es, en realidad, un confrontarse personalmente con Dios, en un encuentro en el que se halla la paz, sin miedo alguno. Así podemos vivir nuestra vida como prolongación de la Palabra de Dios escuchada, interiorizada y orada, viviéndola en el quehacer de la jornada en presencia de Dios.

ARZOBISPO DE TOLEDO

La *lectio divina* es un método que nos ayuda a abrirnos mejor a la Palabra de Dios. Si leemos la Palabra con atención y después la meditamos, contemplando el plan de Dios contenido en ella, la Palabra echará verdaderamente raíces en nosotros, arraigará en nuestro ser y producirá frutos. Este fruto es una vida generosa, una vida hermosa, una vida de la que podremos estar contentos y en la que sentiremos la alegría y la paz.

36. Entiendo que a ti y a mí, que nos llamamos hombres y mujeres modernos, nos faltan las condiciones idóneas para poder gozar de una lectura espiritual de la Biblia como la hacían los Padres de la Iglesia o pueden hacerla hoy los monjes y monjas. Cuesta conseguir espacios y condiciones de silencio y sosiego en vidas un tanto agitadas; pero eso no es lo más difícil, si tenemos una fe llena de arrojo, un sentido de plenitud y de unidad; si se quiere recuperar algo de lo que fue la interpretación espiritual de las Escrituras en los primeros tiempos de la Iglesia, basta ponerse donde sopla el Espíritu Santo, como nos recomendaba el Concilio Vaticano II. Nos puede suceder como a aquellos huesos secos de los que habla Ezequiel (Ez 37). Es bueno leer ese texto profético, para comprender cómo la lectura espiritual de la Biblia es uno de los más exquisitos frutos del Espíritu en este tiempo, donde Dios, por su Hijo, Palabra eterna del Padre, sigue hablando a su Esposa, la Iglesia.

La palabra de Dios es *viva, eficaz y tajante más que espada de doble filo*. Los que buscan a Cristo, palabra, fuerza y sabiduría de Dios, descubren por esta expresión de Heb 4,12 toda la grandeza, fuerza y sabiduría de aquel que es la verdadera palabra de Dios y que existía ya antes del comienzo de los tiempos y, junto al Padre, participaba de su misma eternidad. Cuando llegó el tiempo oportuno, esta palabra fue revelada a los Apóstoles, y por ellos el mundo la conoció y el pueblo de los creyentes la recibió con humildad. Esta palabra existe, por tanto, en el seno del Padre, en la predicación de quienes la proclaman y en el corazón de quienes la aceptan. Y esta palabra es eficaz cuando actúa y eficaz cuando es proclamada; jamás

vuelve vacía, sino que siempre produce fruto cuando es enviada.

Una buena lectura espiritual de la Biblia es la que hizo una religiosa en un encuentro bíblico, tras escuchar el episodio en que Elías, arrebatado al cielo, deja dos tercios de su espíritu a Eliseo: «*Gracias, Jesús, porque subiendo al cielo no nos has dejado una parte de tu espíritu, sino todo tu Espíritu. Gracias, porque no se lo has dejado a un solo discípulo, sino a todos los hombres*». Cuando hay tantos cristianos que buscan alimento en la Escritura Santa, invocando al Espíritu Santo para mejor comprender, nosotros podemos unirnos también a la exclamación de Jesús: «*Te bendigo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños*» (Mt 11,25).

La asamblea litúrgica es el lugar más significativo y solemne para la proclamación de la Palabra de Dios, y es además aquel lugar en el que todos los fieles encuentran la Biblia. En la celebración de la Eucaristía –que consta de dos partes principales: la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística- la Iglesia celebra el misterio pascual leyendo «*cuanto se refiere a Él en todas la Escrituras*» (Lc 24,27), celebrando la Eucaristía, en la que «*se hace de nuevo presente la victoria y el triunfo de su muerte*», y dando gracias al mismo tiempo «a Dios por el don inefable» (2 Cor 9,15) en Cristo Jesús, «*para alabanza de su gloria*» (Ef 1,12), por la fuerza del Espíritu Santo. Son verdades que nos recordó el Concilio Vaticano II, sobre todo en su documento sobre la actividad litúrgica de la Iglesia *Sacrosanctum Concilium*, n. 6. La liturgia de la Palabra, pues, constituye un lugar privilegiado de comunicación: Dios en su benevolencia se dirige a su Pueblo con palabras humanas, y éste acoge con sentimientos de gratitud y alabanza la Palabra de Dios.

III. SAGRADA ESCRITURA, TRADICIÓN Y MAGISTERIO

37. De nuevo vuelvo a una pregunta ya formulada anteriormente: ¿cómo es posible que algo escrito hace muchos siglos valga para

ARZOBISPO DE TOLEDO

orientar hoy mi vida, para sentir cerca a Jesucristo y gozar con su presencia orientadora de mi existencia? En realidad, la manera como la Palabra revelada en Jesucristo permanece en la Historia y llega a los hombres y mujeres es una de las cuestiones fundamentales que dividieron a la cristiandad de Occidente en el siglo XVI, época de la llamada Reforma protestante. La disputa se organiza precisamente alrededor de la noción de *Tradición*.

La Iglesia católica veía y ve en ella, en la Tradición, una forma de transmisión de la Revelación de Dios a los hombres, que se lleva a cabo conjuntamente con la otra forma, la de la Sagrada Escritura. Pero la palabra Tradición ha de ser bien entendida, porque, en caso contrario, pueden producirse confusiones. Tradición no puede ser entendida como «tradiciones», esto es, costumbres, leyes, reglas que han de ser observadas, que parecerían estar por encima de lo que dice la Sagrada Escritura. Para Lutero, por ejemplo, «tradición» en la historia de la Iglesia poco a poco casi se había convertido en sinónimo de «abuso». De modo que él luchó para que la Buena Nueva del Evangelio, la Palabra de Dios, fuera liberada de su encadenamiento al Magisterio, a la Tradición que, en su opinión, se había apoderado de esta Palabra sin velar por su contenido propio, y que era adaptado al gusto del Magisterio eclesial. La Palabra de Dios, por el contrario, es independiente del Magisterio, dicen los reformadores del siglo XVI.

Pero eso no puede ser la Tradición, y rechazar el Magisterio de la Iglesia como criterio de la Palabra de Dios significa, en el fondo, reducir esa Palabra a la Escritura, a los libros llamados *Biblia*, que se interpretaría a sí misma, y que sería entonces la sola forma auténtica de la Palabra de Dios, y no toleraría ya la presencia de una Tradición a su lado. Sin embargo, la Palabra de Dios no es un libro que planea por encima de la Iglesia, sino que ha sido justamente confiada por el Señor a la Iglesia, pero no de manera arbitraria, pues ha sido liberada de toda intervención humana manipuladora. No hay que tener, pues, miedo a que la Palabra de Dios haya sido confiada a la Iglesia, pensando que ésta pudiera superar a la Palabra de Dios.

¿Acaso no sabemos que el Señor ha instituido la Iglesia como su Cuerpo y la ha preservado para que ella guarde su Palabra?

38. Estamos ante un viejo dilema: «¿se puede confiar la Palabra de Dios a la Iglesia sin temer que la podadera del Magisterio le haga perder su fuerza y su vigor?», pregunta el protestante; «¿se puede dejar a la Palabra su autonomía sin referencia al Magisterio, sin exponerla de este modo a la arbitrariedad de los exegetas, y a la pérdida de su sentido en medio de las peleas de los historiadores y, por consiguiente, a una falta total de fiabilidad?», replica el católico. La verdad del Evangelio, dijo el Concilio de Trento, se contiene «en los libros escritos y en las tradiciones no escritas» («in libris scriptis et sine scripto traditionibus»). Es decir, «a través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien Él se dice en plenitud» (Catecismo de la Iglesia Católica (CEC), 102)⁵.
39. Es necesario, pues, remontarse más arriba de las fuentes que son la Escritura y la Tradición, llegando hasta el corazón de la fuente primera: la Revelación, la Palabra viva de Dios donde la Tradición y la Escritura han nacido. «La Tradición y la Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden hacia el mismo fin», había dicho el Vaticano II (*Dei Verbum*, 9). Leed en el Catecismo de la Iglesia Católica los números 74-141: veréis cómo la constitución conciliar *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación, ha influido en la redacción de este tema, llegando a una bella explicación. Basta decir aquí «una y otra (Tradición y Escritura) hacen presente y fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo que ha prometido estar con los suyos para siempre hasta el fin del mundo» (CEC, 80). «Así, la comunicación que el Padre ha hecho de sí mismo por su Verbo en el Espíritu Santo sigue presente y activa en la Iglesia: «Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así, el Espíritu Santo, por quien la voz viva del

ARZOBISPO DE TOLEDO

Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo» (Dei Verbum, 8)» (CEC, 79).

40. Todo lo cual nos hace comprender que no podemos aceptar una «suficiencia» de la Escritura sola sin referencia a la Tradición eclesial en la que se escribió. La Escritura no es la Revelación, sino solamente una parte de esta realidad más grande. Se puede tener la Escritura sin tener la Revelación. Porque la Revelación no llega a ser realidad siempre y únicamente sino allí donde la fe existe. El que no cree «*permanece con el velo*», como dice san Pablo (2Co 3,14-16). Es capaz de leer la Escritura y saber lo que dice, incluso de comprender de manera puramente intelectual el contenido de las ideas y de colocarlas en su contexto, y, sin embargo, no haber participado de la Revelación divina. Y es que no debemos olvidar que «*Dios es el autor de la Sagrada Escritura. Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo*» (CEC, 105). Es muy cierto lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «*la fe cristiana no es una religión del Libro. El cristianismo es la religión de la Palabra de Dios, «no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo» (san Bernardo). Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu de inteligencia de las mismas (cf. Lc 24,45)*» (CEC, 108).
41. Ahora podemos entender mejor que «*La Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin*» (Dei Verbum, 9). De este modo podemos definir con el Concilio Vaticano II: «*La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. La Tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmite íntegramente a los*

sucesores, para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en la predicación» (ibíd.).

42. *«De ahí resulta que la Iglesia, a la cual está confiada la transmisión y la interpretación de la Revelación, «no saca exclusivamente de la Sagrada Escritura la certeza de todo lo revelado. Y así las dos (la Escritura Santa y la Tradición) se han de recibir y venerar con el mismo espíritu de devoción»» (CEC, 82).* También se entiende de este modo que el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, haya sido encomendado al Magisterio vivo de la Iglesia, y que éste ejercite su servicio, como no podía ser de otro modo, en nombre de Jesucristo. El Magisterio vivo de la Iglesia, que lo ejercen los obispos con el sucesor de Pedro, no está, sin embargo, por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar lo transmitido con toda garantía (cf. CEC, 85-86). El Magisterio vivo de la Iglesia es, pues, una garantía que Cristo da a su Cuerpo que es la Iglesia, para que algo tan precioso (la Palabra de Dios) no se pierda y se haga palabra viva.
43. Con todas estas explicaciones, un poco más complejas, sólo he pretendido recordar cosas elementales, que tal vez se han perdido en el Pueblo de Dios a la hora de leer la Biblia, por su alejamiento del mundo de la Escritura. ¿Cuál es la relación entre Palabra de Dios y Biblia? ¿Qué concepto tenemos de Revelación, de Tradición, de Magisterio vivo de la Iglesia? No son cuestiones técnicas que atañan sólo a especialistas. Se trata de hacer ver a tanta gente que va a nuestras celebraciones, en realidad a todos nosotros, que la Biblia no es libro del pasado, precisamente por la relación que existe entre Palabra de Dios e Iglesia. Pienso que hay un desconocimiento básico de estas cuestiones, pues no puede ser entendida esta relación como algo exterior; tampoco el Magisterio puede entenderse sino como un servicio imprescindible a la Palabra de Dios, que no le hace estar por encima de lo que Dios ha revelado, sino que la

ARZOBISPO DE TOLEDO

guarda para nosotros como ese pan caliente y aromático que nos alimenta y da alegría, como confesaba san Francisco de Asís.

Se nos dice en el Evangelio que nadie puede conocer al Padre de los cielos sin el Verbo de Dios, es decir, si no se lo revela el Hijo; tampoco se puede conocer al Hijo, Jesucristo, sin que lo quiera el Padre (cfr. Jn 1,18 y Mt 11,25-27). Para esto el Padre reveló al Hijo: para darse a conocer a todos a través justamente de Cristo, y para que todos los que creyesen en Él mereciesen ser recibidos en la incorrupción y en el lugar del eterno consuelo, porque creer en Jesús es hacer la voluntad del Padre. Ya por el mismo hecho de la creación, Jesús, Verbo de Dios, revela a Dios creador, por el hecho de la existencia del mundo, y, a través del Hijo, revela al Padre que lo ha engendrado. También el Verbo, eterno como el Padre, se anunciaba a sí mismo y al Padre, a través de la Ley y los Profetas. Y el Padre se mostró a sí mismo, hecho visible y palpable en la persona del Verbo, cuando Éste toma carne en María, aunque no todos creyeron por igual en Él. Sin embargo, todos pudieron ver al Padre en la persona del Hijo. La tradición teológica de la Iglesia expresa todo este tema con unas palabras difíciles pero sugerentes: «La realidad invisible que veían en el Hijo era el Padre, y la realidad visible en la que veían al Padre era el Hijo» (San Ireneo, *Contra las herejías*, Libro 4,6,3.5.6.7).

IV. LA PALABRA DE DIOS Y NUESTRO PLAN PASTORAL DIOCESANO

44. Nuestro Plan Pastoral Diocesano recorre los años que van desde 2012-2021. Vamos a comenzar el quinto Programa anual. En él se destaca el deseo de «Revalorizar a Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante de renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda la actividad eclesial». Para la animación bíblica de toda la pastoral se contempla todo un programa de acciones bien pensadas, que estoy seguro ayudarán a las comunidades cristianas a adentrarse en esa

cultura bíblica que el Pueblo cristiano perdió hace mucho tiempo. Estoy aludiendo no a un saber y repetir textos y textos, sino de aquel ambiente que rodeaba la iniciación cristiana, por ejemplo, en tiempos de Santa Teresa, que le permite citar pasajes bíblicos de manera espontánea, sin necesidad de hacerlo textualmente de algún ejemplar de la Biblia que tuviera a mano.

45. Pero sin necesidad de adentrarme en el entramado del 5º Programa Pastoral Diocesano, ya escrito y que se entregará a la comunidad diocesana el próximo día 17 de septiembre de 2016, en la Jornada Diocesana de inicio de curso, quiero señalar algo que me parece importante a la hora de acoger con ilusión y pasión este quehacer pastoral que en él se indica.

Pongamos nuestros ojos en unas palabras que redactó el Concilio Vaticano II: para realizar Cristo la impresionante tarea de la salvación del ser humano y aun de nuestro mundo creado, Él *«está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica»* (*Sacrosanctum Concilium*, 7). Es decir, la obra de la salvación, continuada por la Iglesia, se realiza en la Liturgia «sobre todo o principalmente» (en latín *praesertim*). Aceptar esa Presencia de Jesucristo es, pues, vital para la acción apostólica, pues aleja de un ritualismo que no deja esponjar nuestro interior, que es cambiado por el Espíritu Santo para vivir en cada generación la Nueva Alianza.

46. Pero también me interesa ahora subrayar que Cristo, el que salva, *«está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla»*. Es una presencia salvadora de Cristo junto a otras que describe el texto conciliar. Esta lectura *en la Iglesia* añade algo a la simple y hermosa lectura y estudio personal o comunitario de la Palabra de Dios. Sin duda se refiere a lo que llamamos «Liturgia de la Palabra» en la celebración eclesial. Dice también el Concilio que *«la importancia de la Sagrada Escritura en la celebración de la liturgia es máxima»* (ibíd., 24). ¿Ha producido la Liturgia de la Palabra el efecto esperado por el Concilio?

ARZOBISPO DE TOLEDO

No siempre ha provocado en los fieles el deseo de un encuentro vivencial con Dios a través de la celebración. ¿Por qué causa? Puede haber muchas; por ejemplo, la crisis generalizada del lenguaje, que no favorece la expresión de la fe en una era predominantemente audiovisual.

Es conveniente, por ello, evocar aquellos días que transcurrieron entre la resurrección del Señor y su ascensión, pues no fueron infructuosos. «En el transcurso de estos días, dice san León Magno, fue abolido el temor de la muerte funesta y proclamada la inmortalidad, no sólo del alma, sino también del cuerpo. En estos días, mediante el soplo del Señor, todos los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo; en estos días le fue confiado al bienaventurado Pedro, por encima de los demás, el cuidado del aprisco del Señor, después de que hubo recibido las llaves del reino» (*Sermón 1, Sobre la Ascensión, 2-4: PL 54, 395-396*).

Pero san Lucas dice algo más: durante esos días, el Señor resucitado se juntó, como uno más, a los dos discípulos que iban de camino y los reprendió por su resistencia en creer; y precisamente a ellos, que estaban temerosos y turbados, para así disipar en nosotros, discípulos actuales, toda tiniebla de duda. Sus corazones (y hoy los nuestros), iluminados por el Resucitado, recibieron la llama de la fe y se convirtieron de tibios en ardientes, al abrirles el Señor el sentido de las Escrituras y sentir la importancia vital de su resurrección. Ésta es, por ello, tan real como su nacimiento, pasión y muerte. Y es en la fracción del pan -uno de los nombres que la tradición da a la celebración de la Santa Misa-, cuando estaban sentados con Él a la mesa, se les abrieron también los ojos, con lo cual tuvieron la dicha inmensa de poder contemplar su naturaleza glorificada.

47. Pensemos igualmente en cómo vivimos nosotros la celebración de la Eucaristía; ésta no es sólo «escuchar palabras leídas», incluso bien proclamadas, de la Escritura Santa; es *también* un conjunto de hechos, gestos, acciones, comportamientos, miradas y *silencios*, que permitan establecer entre Dios y nosotros la comunión de un

diálogo, que nos conduce a una relación psicológica que no se reduce únicamente a conceptos, sino que afecta a lo que somos como hombres y mujeres: sensibilidad, voluntad, capacidad de sentir la belleza, el amor y la bondad. Si nuestras celebraciones, sobre todo la Misa dominical, en la que acontecen los sacramentos de iniciación cristiana y otros sacramentos, fueran más sencillas, más religiosas, vividas con más silencio y respeto, se daría con más frecuencia en nuestras comunidades cristianas un gusto por celebrar misterio tan hermoso que llevaría a un despertar evangélico. ¿No hemos perdido el sentido de acogida y misterio cuando tantas celebraciones nuestras se realizan en medio de un hablar constante, antes y después de ellas y en la misma celebración con tantas cosas extrañas que introducimos en cánticos, ofrendas? Hemos vivido en los días de la Diócesis, durante la JMJ Cracovia 2016, la sensación de paz y silencio religioso en las celebraciones de las parroquias donde fueron acogidos por familias nuestros jóvenes; ¿No podemos conseguir entre nosotros, en nuestras parroquias ese silencio que ayuda a acoger la Palabra de Dios proclamada?

Dios habla hoy en la celebración, de modo que los libros bíblicos que en ella leemos no nos narran únicamente la historia del pueblo del Israel o del nuevo Pueblo de Dios, sino también y sobre todo esas lecturas son forma y vehículo de la Palabra de Dios enunciada sin cesar en el ahora mismo de nuestra historia. Y es que leyendo la Escritura, se escucha *la Palabra, el Verbo de Dios, que es Cristo*. Así lo afirmaba ya Orígenes, para quien en la vida de la Iglesia «*la Escritura se vuelve Palabra*». Este paso «de Escritura a Palabra» tiene lugar de modo privilegiado en la celebración, en la cual la repetición de palabras del pasado, de palabras escritas, se convierte en relectura constante de lo que Dios ha hecho y no cesa de hacer en medio de nosotros.

Es decir, no es el pasado de donde emerge la Palabra; es la Palabra actual la que hace emerger el sentido contemporáneo: es la Biblia leída en la actualidad del Espíritu Santo, en el ámbito de una comunidad creyente. En este caso, la Revelación sólo puede

ARZOBISPO DE TOLEDO

tener sentido para un hombre y una mujer que buscan interpretarse y que saben que la Palabra de Dios les indica lo que son y lo que deben ser. Así nos encontramos con un Dios que habló una vez para siempre, pero presente en nuestra propia historia concreta como consecuencia de la encarnación de su Hijo; el Dios que sigue presente en sus obras de creación y sigue en las palabras que reveló, es el que permite esas palabras *continúen* exhalando su buen olor del pan recién hecho, en palabras de san Francisco. Por esta razón, esta Palabra no alcanza su plenitud, su sentido, su actualidad sino en la fe de los que la acogen. De ahí que la Palabra de Dios deba ser celebrada en la Liturgia. Sin esta celebración, cundiría el caos, el pánico y la sensación de desorientación que describe la oración de Azarías en medio del fuego: *«Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia. Por Abraham, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado (...). Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocaustos ni sacrificios, ni ofrendas ni incienso; ni un sitio donde ofrecer primicias, para alcanzar misericordia»* (Dan 3,34-38).

48. El quinto programa pastoral del Plan Pastoral Diocesano insiste mucho en la formación bíblica de nuestro pueblo, en elaborar programas de formación bíblica para favorecer la lectura personal de la Biblia, en crear materiales sencillos para ayudar a los fieles a comenzar una *lectio divina*, en crear un nuevo ambiente para la Iniciación cristiana y el Catecumenado Bautismal, en una evangelización que no puede hacerse sin proclamar la salvación de Jesucristo, muerto y resucitado. Se trata de encontrar un nuevo y renovado sentido a nuestra vida cristiana, en un empeño por ser discípulos y misioneros de Jesucristo. Pero, ¿cómo será posible esto sin comenzar de nuevo a dejarnos asombrar por lo que el Señor ha hecho con nosotros, que se contiene en su Revelación? ¿Cómo

será posible sin una espiritualidad de comunión, que «descubierta en la Escritura» se hace real en la Iglesia diocesana y universal?

49. Hemos de aprender a vivir con más intensidad y menos formalismo nuestra pertenencia al Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Esposa del Señor que es su Iglesia. No se trata de ponerse serios y exigentes, sino de alcanzar una vivencia tal que la tensión y pasión por la Palabra de Dios, permita un seguimiento del Señor, como discípulos que optan por los más pobres de modo preferencial, de ser hombres y mujeres que acompañan a otros, que se ilusionen por servir y amar, seamos pastores o fieles laicos, religiosos o consagrados; de ser conscientes de que en la Palabra de Dios, Él nos ha mostrado en Cristo una manera de ser hombre y mujer, un modelo antropológico que no se confunde con los que nos muestra nuestra sociedad, el «mundo» en el lenguaje del cuarto evangelio. En el diálogo con esa cultura dominante hay que ser respetuosos, pero no callarnos la verdad, y hay que hacer una propuesta cristiana en los puntos más nucleares de los problemas humanos, aquellos que siempre estarán en las inquietudes de los hombres: el hambre, la pobreza, la desigualdad entre pueblos, la sexualidad humana, la verdadera ecología, el sentido de la vida humana desde el nacimiento hasta la muerte, la relación complementaria entre los sexos, que descubre el engaño de la ideología de género, verdadero enemigo de la humanidad, de la cual cada vez más están afectadas las leyes de parlamentos europeos, nacionales y hasta autonómicos.
50. Nuestra Programa pide a los presbíteros y a los demás educadores en la fe, como los catequistas, un esfuerzo especial para profundizar en su formación permanente, que alcance a toda su persona para un mejor servicio al Pueblo de Dios. En esta ocasión se nos pide un conocimiento y vivencia de la Escritura como corresponde a los pastores que están rigiendo las comunidades cristianas y a cuantos viven la corresponsabilidad de la transmisión de la fe cristiana: sobre todo padres y catequistas o quienes acompañan a

ARZOBISPO DE TOLEDO

los grupos cristianos. Nuestra adecuación y educación bíblica no puede quedarse en cuatro cosas aprendidas distraídamente en el caso de los padres que desean que la fe despierte en sus hijos; o en el caso de los sacerdotes, que no han renovado su estudio a la Escritura Santa desde que terminó su preparación académica, retocado ligeramente en los programas de formación permanente; o cuando un catequista desea encargarse de un grupo catequético sean niños o adultos, en los que hace falta ayudar a ese despertar religioso. Esta referencia de la fe cristiana en el transcurrir de la vida ordinaria acontece poco en nuestra sociedad, y menos en padres despreocupados por la transmisión de la fe, ya desde ese despertar en los primeros años.

La Escritura Santa es sin duda un universo que proporciona al creyente cristiano, o al que quiera serlo, toda una riqueza inmensa para su vida en tantas facetas de la peripecia humana: son experiencias vividas por otros hombres y mujeres; avatares históricos del Pueblo de la primera Alianza; aparición y desarrollo del nuevo Pueblo de Dios, cuyos ciudadanos provienen de Israel y las naciones; relatos de orígenes y de inicios que nos alcanzan; vida de la familia de los hijos de Dios, vividos en la historia concreta, y oración y alabanza y acción de gracias y ejemplos que arrastran. Tenemos en la revelación de Dios, que la Tradición ha encerrado en las Santas Escrituras, *un relato increíblemente valioso*, capaz de ser narrado y crear las condiciones para una vida diferente, en la que Dios es fuente de aguas vivas y no cisternas excavadas sin agua que llevar a la sed de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Sin grandes relatos, no habrá nunca un Pueblo que peregrine y se ocupe de los suyos no sólo en lo puramente económico o consumista. Evidentemente, este gran relato, del que hacer partícipe a niños y mayores en su iniciación cristiana, en su despertar a la fe, no ha de ser leído ni de manera fundamentalista ni como estudio frío de textos antiguos, que llegue únicamente a los aspectos textuales y literarios. Sencillamente *ha de ser leído* como Dios quiso que llegara a los hombres: en la lectura eclesial, según el Espíritu, esto es, *espiritual*.

Igualmente ha de suceder, en mi opinión, en cualquier movimiento apostólico de apostolado seglar. ¡Qué importante es tener en cuenta esta riqueza humana y de fe en quiénes se responsabilizan de la Iniciación Cristiana en todas sus modalidades! Igualmente es vital esta perspectiva en todo movimiento y grupo cristiano de apostolado seglar. En ellos se tiene que experimentar y mostrar cuanto Dios ha revelado para la vida humana, de modo que en ellos haya personas convencidas, que viven la alianza del Señor en su carne con ilusión, a pesar de las limitaciones y pecados humanos. Por eso, considero fundamental que los procesos formativos cuiden especialmente la lectura de la Palabra y la oración con la misma. También creo que el resto del Pueblo de Dios puede exigir a sus sacerdotes, religiosos y otros consagrados, que sean ejemplo para sus vidas de cercanía y preparación a la Escritura, que mueva a todo el Pueblo de Dios a ser el pueblo de la Alianza. Y no es preciso subrayar aquí de nuevo que los fieles laicos, cuya vida y vocación son imprescindibles para la vida de la Iglesia, han recibido del Señor una llamada a la misma santidad de vida y, para ello, abrir su espíritu a las palabras de exhortación y de alegría que surge de los textos bíblicos.

51. Existen, sin embargo, muchas maneras de llevar a cabo el servicio de la Palabra de Dios en la Iglesia. Leyendo sobre todo Rom 16,1-14 (pero también otras cartas del Apóstol), caemos en la cuenta de la variedad de colaboradores de san Pablo en la obra de la evangelización y creación de nuevas comunidades⁶. Es aleccionador, porque indica que la evangelización, aunque sea obra del Espíritu de Dios, no se improvisa y es corresponsabilidad de todos. Por eso, quiero fijarme en algunas formas del ministerio de la Palabra, entre las que no debe faltar la iniciación a la lectura creyente y orante de la Sagrada Escritura, que puede hacerse de muchas maneras nuevas, como son la utilización de medios audiovisuales (televisión, cine, la red informática, etc.).

52. Digamos algo sobre la *homilía*, que es una manera preeminente de predicación. Es tarea de obispos, presbíteros y diáconos y cada vez nos exigen más los demás fieles cristianos que los encargados de este servicio lo hagamos mejor, no sólo porque los que presidimos la Eucaristía, o celebramos otros sacramentos, representamos a Cristo Pastor y Maestro, y a Él hemos de servir, sino porque en la celebración de la santa Misa, en ese engarce entre la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística que es la homilía, se necesita ser muy ágil y no vale decir cualquier cosa. Si hay que partir de los textos sagrados, tendremos que conocerlos bien y recrearlos para que sean acontecimiento que salva aquí y ahora. Dios nos ha dado a cada uno unos talentos, y podremos hacerlo mejor o peor, pero todos los que predicamos debemos ser rigurosos, teniendo en cuenta la acción salvífica de Dios en la historia, adaptando el lenguaje, para que diga algo a los oyentes; no ser repetitivos; conjugar la Palabra que exponemos con la situación de las personas que tenemos delante, aplicando esa Palabra a la vida.

Creo que hay una preparación para la homilía que no se improvisa: se trata sin duda de una preparación literaria y en el «arte de la comunicación», para saber empezar, entrar en un tema y acabar pronto, hablando con gracia y hondura; pero no basta con esta preparación; el que pronuncia la homilía debe ser ante todo un oyente de la Palabra, sensible a ella, discípulo de un Maestro que muestra bien cómo llegar a su auditorio, con preguntas y sugerencias, humano y, a la vez, que anime a luchar a los que conoce porque sabe cómo es su comunidad, porque es cristiano con ellos y pastor para ellos.

53. Quiero hablar también de la *catequesis*, pero no para tratar el tema en todo su desarrollo, sino fijándome en esta ocasión en esta acción fundamental de la Iglesia, llevada a cabo con tanto empeño, cariño y dedicación por nuestros catequistas. Es muy importante tener en cuenta todo lo que el movimiento catequético recibió y recibe de la Palabra de Dios. No se trata de hacer catequesis bíblicas, sino sencillamente de que el alma de la catequesis sea la Escritura,

como ha sucedido en tantos momentos de la historia de la Iglesia. La separación entre la Sagrada Escritura y catequesis siempre es lamentable, pero hoy lo sería más, empeñados como estamos en renovar la Iniciación cristiana. Los obispos españoles esperamos que tanto el primer catecismo de la comunidad cristiana, *Jesús es el Señor*, como el segundo, *Testigos del Señor*, sean instrumentos válidos para la edad de aquellos que llegan a nuestras parroquias. El Catecismo de la Iglesia Católica tiene que ser siempre una referencia real para aquellos que necesiten de otros momentos catequéticos que se dan en nuestra Iglesia, sobre todo para cuantos adultos viven ese proceso de Iniciación cristiana en sus distintas etapas.

54. En cualquier caso, mi anhelo es que en estos años se dé en nuestra Iglesia un verdadero afán por la *lectura individual y comunitaria de la Escritura*. Se trata de poner fin de alguna manera a un pasado en el que se miraba con recelo la lectura por los fieles del texto sagrado. Es una exhortación firme a conseguir un trato directo e inmediato de los creyentes con la Biblia, ya sea individualmente o en grupo, que será lo más normal. Durante el programa de este curso pastoral, tenemos la intención de hacer una gran campaña diocesana de anuncio y difusión de la Palabra de Dios, también las Jornadas de Pastoral en enero de 2017 abordarán estos temas, pero debe estar basada en una disposición de los cristianos a la lectura de una página bíblica, un pasaje orientado a continuarse en oración y a transformar la vida. Lo llamamos *lectio divina* y de ella he hablado en otros lugares de esta carta. Tendrán que hacer un esfuerzo las parroquias y otras comunidades cristianas para ofrecer esos círculos bíblicos, cursos de formación, escuelas de escucha de la Palabra de Dios para los fieles, que continúen el esfuerzo de los grupos bíblicos que ya existen, gracias a Dios, entre nosotros.

Conseguir este objetivo no es fácil. Entiendo las dificultades, pero no puedo como pastor de esta Iglesia de Toledo no insistir en ello. Antes, del modo que sea, en grupo y individualmente, les invito a leer y reflexionar sobre un texto conciliar, en mi opinión, funda-

ARZOBISPO DE TOLEDO

mental: *«Todos los clérigos, especialmente los sacerdotes, diáconos y catequistas dedicados por oficio al ministerio de la palabra han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse «predicadores vacíos de la Palabra que no la escuchan por dentro» (san Agustín), y han de comunicar a sus fieles, sobre todo en los actos litúrgicos, la riqueza de la Palabra de Dios. El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura, para que adquieran «la ciencia suprema de Jesucristo» (Flp 3,8), pues «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo» (san Jerónimo). Acudan de buena gana al texto mismo en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual, o bien en otras instituciones o con otros medios que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación o por iniciativa de los Pastores de la Iglesia. Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues «a Dios hablamos cuando oramos; a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (san Ambrosio)» (Dei Verbum, 25).*

EPÍLOGO

55. Esta hermosa tarea de nuestra vida cristiana, que es el conocimiento y la vivencia de la Palabra de Dios como oyentes de la misma, no trae sino enormes beneficios a nuestras personas, y a nuestra Iglesia toledana. Estamos ante una realidad que expresa algo básico para que haya experiencia de Dios y vida cristiana. Si sabemos que *«en el principio existía el Verbo»* (Jn 1,1), entendemos que *«la palabra de nuestro Dios permanece para siempre»* (Is 40,8). Es decir, la Palabra de Dios abre la historia de la creación del mundo; proclama el centro de esa misma historia con la encarnación del Hijo, Jesucristo, una persona concreta que encierra un misterio, pues es *«el Verbo hecho carne»*; y la concluye con la promesa segura del encuentro con Él en una vida sin fin: *«Sí, yo vengo pronto»* (Ap 22,20).

56. Es encontrar la Palabra de Dios en Jesucristo, presente en la Escritura y en la Eucaristía. Nos animan sobremanera las hermosas palabras de san Jerónimo: «*La carne del Señor es verdadero alimento y su sangre verdadera bebida; es éste el verdadero bien que nos es reservado en la vida presente: nutrirse de su carne y beber su sangre, no sólo en la Eucaristía, sino también en la lectura de la sagrada Escritura. En efecto, la palabra de Dios, que se alcanza con el conocimiento de las Escrituras, es verdadero alimento y verdadera bebida*» (Comentario al libro del Eclesiastés, 313: CCL 72, 278).
57. Hace poco más de un año que el Papa Francisco, en un discurso a los participantes en la X Plenaria de la Federación Bíblica Católica (19.6.2015), recordaba que «Los cristianos, que son el *pueblo adquirido por Dios para anunciar sus proezas*» (cfr. 1 Pe 2,9), deben ante todo –tal como sugiere la Constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum*- venerar, leer, escuchar, anunciar, predicar, estudiar y difundir la Palabra de Dios (cfr. n. 25) (...) Sigue vigente, por lo tanto, la invitación a un compromiso pastoral especial para que destaque el lugar central de la Palabra de Dios en la vida eclesial, favoreciendo así la animación bíblica de toda la pastoral. Hemos de procurar que, en las actividades habituales de todas las comunidades cristianas –en parroquias, asociaciones y movimientos-, se cuide realmente el encuentro personal con Cristo, que se comunica con nosotros por medio de su palabra, ya que, como nos enseña san Jerónimo, *el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo (Dei Verbum, n. 25)*».
58. Para que esto sea posible hemos de sentir la necesidad de la Revelación de Dios para nuestras vidas; una necesidad profunda. Esta visión de la Palabra de Dios nos hace ver que nuestra historia no consiste únicamente en palabras, pensamientos e iniciativas humanas, sino en la plenitud de la Revelación en Cristo, que nos muestra realmente a nosotros mismos cómo somos, ya que el misterio del

ARZOBISPO DE TOLEDO

ser humano sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (cf. *Gaudium et spes*, 22).

Hacia el final de la carta a los Romanos, entre otras palabras de consuelo, el apóstol san Pablo señala: «Pues, todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, a fin de que a través de nuestra paciencia y del consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza» (Rom 15,4). Hermosas palabras que deberían animarnos a conocer y a amar cada día más esas Escrituras, que han sido escritas para edificación nuestra. ¡Qué adecuadas parecen también, al final de esta Carta Pastoral, las palabras de aquel oráculo del profeta Amós, cuando exclama: «*Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que enviaré hambre al país: no hambre de pan ni sed de agua, sino de escuchar las palabras del Señor*»! (Am 8,11). Los santos del Señor tuvieron esa hambre. También Santa María, la Sierva del Señor. ¡Pidamos a Dios un hambre semejante!

Toledo, 15 de agosto de 2016,
en la Solemnidad de la
Asunción de Nuestra Señora del Sagrario a los cielos.

NOTAS

- [1] M. Noth, «Historia de Israel», Barcelona 1966, p. 254.
- [2] J. M. Uriarte Goiricelaya, «Servidores de la Palabra de Dios», San Sebastián 2008, p. 16. El obispo emérito donostiarra hace una certera descripción de las dificultades y resistencias que encuentra la Biblia en nuestro mundo, de la que me he servido en mi exposición.
- [3] C. M. Martini, «In principio la Parola», Milán 1981, p. 42; texto citado justamente por Monseñor Uriarte, en la obra antes citada, p. 16.
- [4] Citadas por Monseñor Juan María Uriarte, (en o.c., p. 21).
- [5] Por eso dice san Agustín: «Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo el que resuena en la boca de todos los escritos sagrados, el que, siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo» (Enarraciones in Psalmos 103, 4, 1: PL37,1378).
- [6] Un magnífico capítulo titulado «San Pablo y sus colaboradores» puede ser consultado en la obra de Mariano Herranz Marco, «San Pablo en sus cartas», Ed. Encuentro, Madrid 2008, pp. 91-110.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

No deseo ofrecer aquí una larguísima referencia bibliográfica. Únicamente indicar unos textos, pocos y sencillos, que puedan ayudar a cuantos lean esta carta pastoral, o a quienes deseen profundizar en el tema que esta carta propone, en su deseo de hacer esa lectura *espiritual* que todo discípulo del Señor ha de buscar. Junto a la necesidad de tener alguna edición de la Biblia en español (por ejemplo, la nueva traducción de Biblia de la Conferencia Episcopal Española, editada por la BAC), es muy útil leer y así estudiar estos u otros documentos y libros que ahora indicamos. En español, el lector ha de tener en cuenta también aquellos comentarios a cada uno de los libros de la Biblia, asequibles para muchos católicos con una cierta base formativa. Enumero, pues, esa bibliografía básica:

ARZOBISPO DE TOLEDO

Concilio Vaticano II, constitución *Dei Verbum*.

Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010).

Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (5 de abril de 1993).

Pontificia Comisión Bíblica, *El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana* (24 de mayo de 2001).

Pontificia Comisión Bíblica, *Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura* (22 de febrero de 2014).

Paul Beauchamp, *Hablar de Escrituras Santas. Perfil del lector actual de la Biblia*. Barcelona (Herder), 1980. Se trata de 5 conferencias de un buen exegeta que sirven de introducción a los presupuestos de la lectura de la Biblia. Proporcionan informaciones históricas o filológicas necesarias para el estudio de la Biblia. Pero el autor afirma que esos conocimientos, necesarios, no son suficientes para responder a la pregunta: ¿por qué hablar de Escrituras santas, de Libros santos?

Etienne Charpentier, *Para leer el Nuevo Testamento*, Estella (Verbo Divino), 1982. Ayuda para la lectura.

Scott Hahn, *Fe y revelación. Conocer a Dios a través de la Sagrada Escritura*, Madrid (BAC), 2012. Sirve para adentrarse en la Escritura individualmente, pero sobre todo en grupo, por ejemplo, durante un o más cursos.

Scott Hahn, *Comprender las Escrituras*, Madrid (BAC), 2014. El mismo autor ha confeccionado un curso completo para el estudio de la Biblia. Puede ser de mucha utilidad para grupos.

(Este último autor ofrece en sus libros un material interesante y pedagógico, útil para adentrarse en la Biblia. Es bastante asequible para los que comienzan. El primero de ellos aborda temas de Revelación e inspiración en 13 capítulos; el segundo, en 14 capítulos, presenta cómo abordar a Biblia en grandes apartados, siguiendo un cierto esquema histórico).

José Miguel García, *Los orígenes históricos del Cristianismo*, Madrid (Encuentro), 2007.

(El autor aborda una cuestión vital: ¿es el cristianismo un hecho histórico?, desde una posición razonada, que da certeza sobre la figura de Jesús de Nazaret. La obra no es asequible para quien no tenga una cierta base de trabajo histórico, pero aborda cuestiones muy importantes y ayudará a muchas personas que deseen profundizar el tema).

Equipo Bíblico Verbo, *Jesús, Maestro, Señor resucitado*, Estella (Verbo Divino), 2016. Materiales para encuentros bíblicos desde la Lectio divina con el evangelio de san Mateo. Es el primer evangelio el que desde Adviento se proclamará casi todos los domingos del próximo curso.

